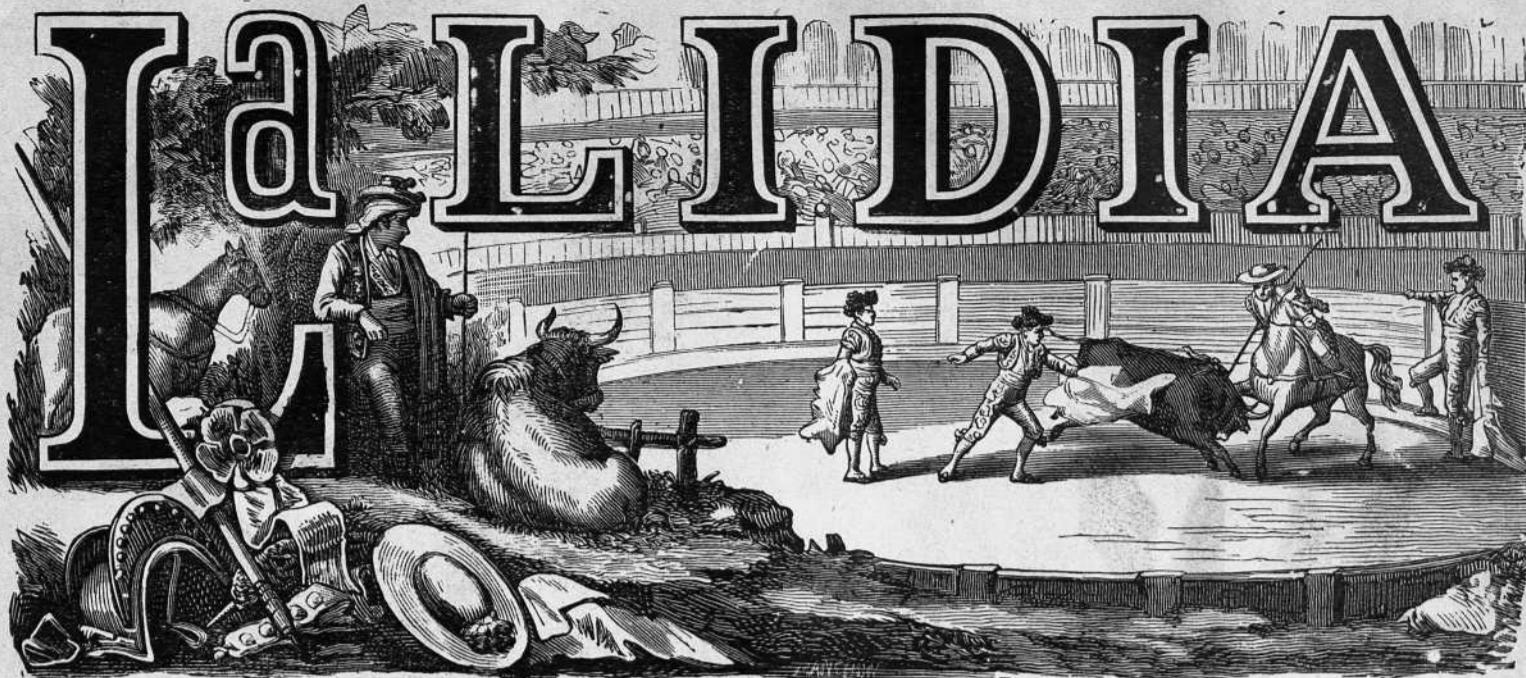


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5.

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Nuestro dibujo, por D. Cándido.—La suerte de matar, por D. Angel Vela-Hidalgo.—De todo un poco, por D. J. Sánchez de Neira.—Las bellas artes y el torero, por D. A. O. G.

NUESTRO DIBUJO.

RAFAEL BEJARANO (TORERITO)

Desde los últimos años del siglo pasado figura sin interrupción el apellido Bejarano en las cuadrillas de toreros, oriundos todos los individuos que con él aparecen de la ciudad de Córdoba, é ignoramos si procedentes en su mayoría del mismo tronco.

Ensanchada en nuestros días la profesión taurina, no podía faltar entre sus representantes algún Bejarano, y varios son los que se cuentan en la actualidad, cordobeses como sus antecesores y entre los cuales ocupa lugar distinguido el joven Rafael, Torerito, cuyo retrato, en artístico dibujo, damos en el presente número.

Nacido en Diciembre de 1860, hizo, como vulgarmente se dice, sus primeras armas en unión de otros compañeros y paisanos en el matadero de su ciudad natal, cuyas tapias escalaban por la noche para lidiar el ganado destinado al abasto público. A los diez años, el Torerito formaba parte de la cuadrilla de niños cordobeses que trabajó con éxito en la Plaza de los Campos E'iseos de Madrid.

En cuadrillas formales se presentó por primera vez con Manuel Díaz, Labi, en Andújar. Después, é indistintamente, apareció entre la gente de Bocanegra, su tío; el Gordito, Frascuelo, Hermosilla y Manuel Molina, hasta que el 12 de Septiembre de 1884 entró á ocupar una plaza de banderillero en la cuadrilla de Rafael Molina, Lagartijo, vacante por fallecimiento de José Gómez, el Gallo, figurando á la vez en la corrida de dicho día como sobresaliente de espada.

El 12 de Octubre del mismo año se efectuó otra corrida, matando los cuatro primeros toros Lagartijo; y destinados los dos últimos para Guerrita, cedióle la muerte del sexto á nuestro biografiado, en la cual, á la par de la inexperiencia propia de su corta práctica, demostró sangre torera y buenos deseos.

En 1885 no recordamos que actuase como matador más que en la novillada del 31 de Agosto en Madrid, lidiada para un objeto benéfico, por los antiguos niños, ya á la sazón jóvenes cordobeses. En el año anterior mató en provincias algunas reses cedidas por su maestro, y en el actual, alternando con él, ha toreado en Granada y Málaga, y con Chicorro en Sevilla.

Como peón de brega, corre los toros con conocimiento, colocándolos donde convienen. Como banderillero, ejecuta el toro de adorno, consumando el quiebro con lucimiento con los toros que se prestan á ello. Algo desigual resulta á veces en el segundo tercio, pues mientras hay tardes en que parece superiormente en cualquier forma, en otras no pasa de mediano, pero concluye pronto y no aburre al público.

Si, como se asegura en círculos taurinos autorizados, en la temporada próxima recibe la alternativa de manos de su matador, tiempo tendremos de juzgarle bajo este aspecto. Por ahora un consejo no más: aprenda siempre y no se deje arrastrar por prematuras impacencias.

DON CÁNDIDO.

LA SUERTE DE MATAR.

Buscar en la historia el origen de las corridas de toros, acerca del cual disquisiciones tan diversas se han hecho, es, á más de difícil, inútil trabajo, en nuestro sentir, porque á ningún resultado provechoso conduce ese estudio de erudición especial, cuando nos basta saber que en todas las edades y en todos los tiempos una tendencia natural del hombre, llevada á sus costumbres sociales, le ha impulsado siempre á hacer públicos alardes de la agilidad de su vigor físico y de la inteligente destreza de su valor, dominando con ellas, ora la fuerza y el instinto rebelde del bruto, ora la resistencia que en condiciones semejantes pudiera otro hombre ofrecerle; ya dándose en el campo al ejercicio de la caza, ya persiguiendo en los bosques á las bestias dañinas, ya luchando en los circos con fieras ó con hombres.

No importa saber, como no sea para abominarlo, que la crueldad y la soberbia humanas, extraviando aquel noble impulso que estableció en la primitiva Grecia los juegos hípicas, llegó luego á gozarse en la ciudad romana con las luchas á muerte de sus gladiadores y á solazarse en los circos entregando sus semejantes indefensos á la voracidad de fieras hambrientas; no importa saber que las gallardas justas y los torneos de la Edad Media se trocaran algunas veces en espectáculos de sangrientos desastres y que, aún hoy, se complacen con entusiasmo odioso gentes de naciones civilizadas en contemplar la lucha repugnante y brutal en la que se destrozan mutuamente dos boxeadores.

Tan abominables son tales extravíos como dignos de admiración y encomio aquellos juegos hípicas, las antiguas justas, las fiestas en que corren la pólvora los árabes, los ejercicios en los que el gaucho mexicano muestra á caballo y con el lazo sus galanuras de consumado jinete, el clásico juego de pelota de vascos y navarros, la faena á que en dehesas y tentaderos se entregan los hábiles garrochistas andaluces, y las corridas de toros, en fin, nuestra fiesta nacional, tan injustamente censurada por espíritus susceptibles.

Peró ni hacer la historia de su origen nos proponíamos ni escribir su defensa pretendemos. Su origen está en el noble y constante impulso humano del que acabamos de hablar y en él mismo está también su defensa.

Palenque unas veces para el donaire y gentileza de arrogantes caballeros, campo en otras para la gallarda bravura de avisados vaqueros y matarifes, fueron también esas fiestas bárbara diversión—y aun lo son alguna vez por desgracia—para turbas tan arrojadas como ignorantes, que gozan acosando y corriendo reses bravas por plazuelas y callejones, cuándo con maromas sujetas, cuándo sueltas y libres.

Peró ¿qué cosa hay buena entre los hombres que alguna vez no la fuerza y perversa la misma condición humana, aviesa de suyo y mal inclinada?

Así, las corridas de toros han sido desde muy antiguo en las costumbres de nuestra España fiesta popular, sin que hasta mediados del pasado siglo llegaran á constituir espectáculo remunerado por una empresa y pagado individualmente por el público.

El primer torero que en tales condiciones se nos presenta es un carpintero de ribera malagueño, natural de Ronda, Felipe Romero, al que se atribuye que, vistiendo traje de colete y calzón de ante amarillo ce-

ñido por un ancho cinturón de cuero, ejecutó por vez primera la suerte de matar con estoque, como término de la brega practicada entonces, que la constituían tan sólo algunas suertes de capa, la de los parches y la del arpon ó banderilla larga, lo cual era todo lo hecho hasta aquella época por lidiadores de á pié, desde que cuenta la leyenda que rejoneó toros con su célebre lanza Rodrigo de Vivar en el coso de Madrid, castillo famoso del moro, y desde que, en tiempos de Carlos II, un hábil y arrojado ginete, D. Gregorio Gallo, caballerizo del rey, practicó la suerte de la espinillera con prodigiosa destreza en las frecuentes fiestas de toros que se hicieron en la Plaza Mayor de esta corte, para que se olvidaran los autos de fe, bárbaras hecatombes de que la misma Plaza fué teatro.

Felipe Romero, y á la vez de éste su hijo—con cuadrillas ya de picadores y banderilleros,—heredando del padre todo el valor y toda la destreza con las que aquél había hecho de la lidia una profesión en la que tantos hombres habrían de sucederle, son los que primeramente pusieron en práctica la suerte de matar toros con estoque; suerte suprema, para la que, entonces como hoy, eran precisas la mayor suma de condiciones favorables en el lidiador, ánimo sereno y resistencia física, valor arrojado y flexible agilidad, y sobre todo prudencia y mucha vista y conocimiento grande de las reses.

¿Cómo se remataba aquella suerte entonces? Ya nadie puede referirnoslo; pero seguramente esperada la res á pié firme, como lo era para recibir su empuje en la punta del estoque, el resultado había de ser tan desigual y tan incierto como lo dieran de sí las condiciones distintas de cada res, por su índole propia ó por lo que en ella hubieren influido las circunstancias de la brega que sufrieran ántes.

La suerte de varas, que ha de castigar en lo necesario el excesivo poder del derrote del toro, no sería, sin duda, ejecutada con la oportuna prudencia por aquellos primeros hombres forzados de á caballo que empezaron á usar las picas de vara larga; ni el hierro de las puyas estaría sujeto á una justa medida variable; quizás también se abusara de los capotes, en perjuicio de la agilidad del toro, é indudablemente las banderillas, que comenzaron á conocerse en aquella época, no se pondrían ni en el número ni en la forma conveniente en cada caso, dejando así al toro para la suerte última ó demasiado abanto, ó aplomado con exceso, cuando no resultara, por los defectos de la brega, huido, ó receloso, ó ladrón.

La muleta no se usaba como recurso que, manejado con inteligencia, pudiera servir para mejorar las condiciones perjudiciales de la res, sino solamente como trapa para llamarla al estoque y como engaño para procurarse con él la salida de la suerte, evadiendo el bulto del peligro.

En tales condiciones no es de extrañar que muchas veces fuera preciso recurrir al *punzón*, que, según se cuenta, era una muy larga lanza con la cual la mano aleve de un extraño daba al toro muerte traidora, atravesándolo á distancia. Instrumento de cobardía y desdoro de matadores.

Con Juan Romero, que fué escriturado en Madrid durante mucho tiempo, vino á competir, obscureciendo su gloria, el célebre *Costillares*, Joaquín Rodríguez, un mozo Sevillano del barrio de San Bernardo, conocedor de las reses como educado en un matadero, inteligente y diestro en lidiarlas, merced á una loca afición



... desde la niñez, y hombre, en una palabra, de verdadera sangre torera.

El público no vió ya tan sólo un hombre sereno y de arrojado valor como Romero, el carpintero de ribera y su hijo, sino además un torero inteligente y diestro que daba á la brega mayor lucimiento, y que, con estudio de cada toro, aprovechaba siempre en el terreno ocasiones de lances nuevos. Y *Costillares*, creciéndose con los aplausos y más torero cada día, llegó á perfeccionar el arte de la lidia haciéndole adelantar notablemente, generalizando la afición de los lidiadores y siendo maestro en el último cuarto del pasado siglo de toreros que fueron después el mayor brillo de la profesión. Aquel *punzón*, denigrante porque se empleaba cuando con harta frecuencia el matador no podía cumplir su cometido por las condiciones del toro, fué desechado por *Costillares* que, estudiándolos, ideó matar á *volapie*, suerte lucida siempre y recurso seguro en los casos en que el toro se ofrecía incierto ó receloso y aun en aquellos en los cuales, aplomado hasta el punto de no dejar su terreno, era preciso consumir la muerte á toro parado. *Costillares*, además, hizo ver que no era el único uso del engaño de la muleta traer al toro á la muerte y dar la salida al matador, sino que aquel trazo, manejado con arte y en relación con las circunstancias de la brega y del toro, servía para alegrarle unas veces, para aplomarle y quebrantarle otras, para confiarle si se hallaba receloso y pararle los pies si estaba huido.

Y claro es que la habilidad de este torero iría con su capote á los distintos lances de cada suerte, mejorándolas con nuevos recursos, enseñando los medios de practicarlas con más seguridad y lucimiento y haciendo mayor el entusiasmo del público inteligente, al ver realizado el arte que presentaba como tal, y cuya perfección consiste en que el valor y la destreza, buscando y eludiendo el peligro, burlen con estudiados medios la fiera del bruto.

Costillares fué así el regenerador del toreo, y de él hubo de aprender su colega Juan Romero, como aprendió su aventajado discípulo el desgraciado *Pepe-Hillo*, José Delgado, y como aprendieron luego muchos otros, entre ellos el mismo Pedro Romero, — nieto de Felipe é hijo de Juan y tanto ó más valiente y fuerte que sus dos antecesores — no obstante haber recibido en Ronda y en Jerez las primeras lecciones de su padre; que no hubiesen podido sin duda ser bastantes á que él las diese más tarde en la célebre Escuela de tauromaquia que se fundó en Sevilla, por exageraciones de época, y que fué disuelta al poco tiempo.

La suerte, pues, de matar la ideó el arrojado de un hombre valiente hasta la temeridad, que esperaba siempre á la fiera cuerpo á cuerpo, y otro hombre después, valiente y ágil también, pero torero inteligente y clásico, la perfección, cambiando los recursos con arreglo á la índole de las reses y regenerando el toreo naciente.

He aquí cómo fué creada la suerte de matar y cómo se inició su perfeccionamiento, y con él el de toda la lidia. Tiene esa suerte tal interés por sí misma y tanta importancia para la lidia toda, que sólo cuando empezó á practicarse comenzaron las corridas á ser espectáculo público en las condiciones en que lo han sido hasta hoy.

Ella es la última palabra del toreo, resumen y complemento de la brega, de la que hace el conjunto acabado de una obra de arte, porque todas sus partes, compuestas de suertes distintas, si estas se realizan como debe ser, dentro de las buenas reglas de lo que se llama el toreo serio, vienen á producir como solución la buena muerte de la fiera, dominada paso á paso en los instintos de su codiciosa bravura por la inteligencia, el valor y la agilidad del hombre, desde que aquella pisó la arena de la plaza hasta que la mano del cachetero ó la punta del estoque cortaron sus últimos alientos.

ANGEL VELA-HIDALGO.

DE TODO UN POCO.

Mientras Madrid hace un paréntesis en sus corridas de toros, las principales provincias de España aprovechan el tiempo del veraneo para celebrar en sus circos la famosa fiesta que tanto critican, al par que envidian, los pobres de espíritu, afectados por el sentimentalismo.

Valencia, Santander, el Puerto y Cartagena, han presenciado ya sus acostumbradas funciones anuales: Gijón ofrecerá muy pronto su nuevo redondel y grandes alicientes para divertir á sus pacíficos habitantes y á los que en busca de comodidades abandonan las seguras por las problemáticas. Luego, en San Sebastián, el muy popular Arana hará, como siempre, esfuerzos de ingenio con el fin de atraer concurrencia; y allá para primeros de Septiembre pisarán el suelo murciano y lidiarán toros de las más renombradas ganaderías, el gran torero, Lagartijo, y el mejor matador de los modernos tiempos, Frascuelo.

Que todos hagan su agosto, y que la afición cunda y se propague. Ese es nuestro deseo.

Por una de esas casualidades que ocurren cuando menos se piensa en ellas, la plaza de toros de Cocentaina, en la provincia de Alicante, ha tenido la suerte de ver torear al célebre Gordito, al mismísimo Antonio Carmona, diestro sevillano de merecida fama, ya retirado del toreo. Tantas fueron las voces, gritos y peticiones del público, al observar la presencia en la plaza del famoso lidiador, que éste no tuvo más remedio que echarse al ruedo, y una vez en él, dicen que toreó de capa, banderilleó; manejó la muleta y estoqueó un toro, como en sus mejores tiempos.

En opuesto contraste á esa alegría, y después de indicar á nuestros lectores que el espada Manuel García, el Espartero, mejora rápidamente de sus heridas, tenemos verdadera pena en hacer constar en nuestro semanario el percance sufrido por el valiente torero Rafael Sánchez, el Bebe, en la plaza de Cartagena el día 5 del corriente mes. Parece que la herida que un toro del Marqués del Saltillo lidiado en quinto lugar le causó en el muslo izquierdo, fué calificada desde el primer momento de gravísima: como que fué en el tercio medio y parte interior del dicho muslo, interesándole la arteria femoral. Quiso el chico dar el cambio, rodilla en tierra, y la rapidez en el arranque del toro no le dió tiempo para vaciarle con el capote. ¡Ojalá no tengamos que lamentar la pérdida, para el toreo, de tan simpático diestro!

En la misma corrida, Salvador, que trabajó con voluntad, se resintió de su última herida después de la muerte del tercer toro, teniendo que retirarse del redondel y terminando con los tres bichos restantes del arrojado Guerrita. Frascuelo, mejorado ya de esta molestia pasajera, ha salido con su cuadrilla para San Sebastián.

**

Nuestro distinguido amigo Sr. E. Churas, que con tanta inteligencia taurina escribió acerca del resultado de las últimas corridas de Valencia la preciosa carta dirigida al que suscribe (y que este agradece con toda su alma, apartando, sin embargo, las inmerecidas frases laudatorias que contiene), ha iniciado allí, así como al desnudo, una pregunta que *tiene miga*, y es muestra indeleble de que no es un aficionado vulgar, de esos que aplauden el éxito y se olvidan de los preceptos del arte. Dice hablando del Bebe:

«Opina V. que podrá llegar á ser un matador de toros? ¿Cómo le preferiría V. de Rafael V. ó de Sánchez II? ¡Ay, amigo B..., y cómo se escurre V.! ¡No es nada, que digamos, eso de adivinar lo que puede llegar á ser un hombre; y... torero, por añadidura!

Tal vez nos considere profetas, porque hasta ahora los vaticinios que hicimos respecto de los noveles matadores Espartero y Guerrita se han cumplido al pie de la letra: y en ese caso, aunque no somos adivinos, ni nos parece que el Bebe está aún en disposición de que pueda juzgarse anticipadamente, diremos que fáltale tiempo y práctica continuada, que es una *esperanza* por su valor, porque á su edad *para* más que otros, y porque tiene un maestro que no le ha de enseñar más que la verdad. ¡Hay, sin embargo, tantos que empezaron bien! A la segunda parte de la pregunta ya contestaremos *tête á tête* al Sr. B..., que sabe perfectamente la respuesta.

**

De Barcelona nos escriben dando por *resuelta* la cuestión irresoluble de que nos ocupamos en nuestro número 17 de 23 del pasado. Niégase en la misiva, que no podemos insertar por su extensión y falta de espacio, que la Plaza de Madrid sea la primera; afirmase que Barcelona no tiene na la que enviar á nuestra coronada villa; y se asegura que dieciseis millones de habitantes se rigen por una misma ley, á pesar de las costumbres casi antitéticas de las distintas regiones que componen aquel número, y luego el autor somete al buen juicio de los escritores taurinos su pensamiento. No queremos disputar la primacía de Madrid, porque... hay cosas que no se disputan: no queremos decir que cada región se gobierna en muchos puntos por distintas leyes, aunque recordemos, en Cataluña, al *herreu* que no se conoce en el resto de España, y por lo tanto pasamos á copiar íntegramente el párrafo por el cual resuelve el problema nuestro comunicante: «Siendo la fiesta nacional propiedad de España entera, y considerándose todas sus provincias iguales entre sí, para los efectos de la ley y de la historia, en cualquiera de sus plazas podrá tomarse la alternativa de matador de toros, siempre que se reciba de otro diestro que disfrute de este título, advirtiéndose que en caso de recibirla en un mismo día varios diestros se tendrá por más antiguo al que del

más antiguo la hubiese recibido, y así sucesivamente.

Ese es el precepto que propone se inserte en los reglamentos, y se invite á que lo firmen los matadores de hoy. ¿Y qué? Decimos nosotros. No hay autoridad ninguna que pueda obligar á lidiar toros á quien no se preste á ello; y si, en ese supuesto, un matador *no quiere* figurar detrás de otro determinado, aunque los reglamentos digan lo que digan, no toreará; aunque firmado ese convenio, no quedará obligado á respetarle más que por el tiempo que les parezca, puesto que en sus facultades está revocarle, por lo que á él le toca, cuantas veces tenga á bien, como se revoca un poder, un testamento, etcétera, y aunque se diga que nadie perdería más que el que así se condujese, porque trabajaría en menos plazas, eso depende del mayor ó menor mérito del diestro, de las simpatías con que cuente y aún del favor que quiera dispensarle un Empresario. Si á éste le tiene cuenta, contratará al que con razón ó sin ella quiera postergar al más antiguo, y entonces será éste el que deje de trabajar, no por su voluntad ciertamente, sino por la de otro, á quien no hay ley, ni puede haberla, que le obligue á ejecutar actos tan graves como el de lidiar fieras, ni á dejar de lidiarlas cuando se le antoje en las condiciones que mejor estime.

Por lo tanto, á pesar de la *sabiduría* del autor de la carta, la cuestión es IRRESOLUBLE.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

LAS BELLAS ARTES Y EL TOREO

Denis (José).—Pintor malagueño, cuyas obras han figurado en la Exposición del 78 y en la del 87. para la última de la cuales pintó el cuadro *Después de la corrida*. En la provincial de Málaga del 72 expuso *Un lance de toros*, por el que obtuvo el primer premio. Ha figurado su nombre en los catálogos de otras varias Exposiciones.

Díaz Torriente (Francisco).—Pintor natural de Matanzas (Cuba), y discípulo de D. Félix Badillo. En la Exposición Nacional del 81 presentó *Un picador* (busto del natural).

Díez (Joaquín).—Expuso en Sevilla, en 1867, *Un tentadero de novillos*. Es autor, además, de *Un apartado de toros en la Muñoz*.

Dominguez.—Este distinguido pintor ejecutó en 1885 una tabla titulada: *Entrando á la plaza*.

Eder y Gattens (Federico).—Pintor contemporáneo que presentó en la Exposición Nacional del 60 *Una vacada en la Vega de Triana*, premiada con mención honorífica. En la del 76 dió á conocer *Una parada de toros en el campo de Tablada, en Sevilla*.

Elbo (José).—Nació este célebre artista en Ubeda, el 26 de Marzo de 1804. Trasladado muy joven á Madrid, fué protegido por D. José Aparicio, y más tarde nombra lo individuo de mérito de la Real Academia de San Fernando. En 1841 hizo un viaje artístico á la Alcarria, trayendo gran número de tipos y monumentos. A su regreso á la corte emprendió su mejor obra: *La plaza de toros de Madrid en un día de corrida*. Falleció el Sr. Elbo en Noviembre de 1844.

Todas sus obras son de asuntos nacionales. En la Exposición de la Academia de San Fernando de 1836 presentó *Un vaquero á caballo y dos toros*; y en la del Liceo del año 38, *Dos suertes de picadores de toros*. El señor marqués de Santa Marta conserva el cuadro del Sr. Elbo *Una torada en la Muñoz*.

Una anécdota suya:

—¿Por qué prefieres las escenas populares?—le preguntaban en cierta ocasión.

—Soy español—contestó—y no encuentro más patriotas que las manolas y los toreros.

Fernández Carpio (Manuel).—Este artista es autor de *Una fiesta de toros*.

Fernández Sanahuja (Joaquín).—Fecundo pintor que en 1878 ejecutó las *Corridas de toros con motivo de las fiestas reales*, propiedad del Ayuntamiento de Madrid.

Ferrándiz y Bádenes (Bernardo).—Pintor contemporáneo, natural de Valencia. Sería muy difícil enumerar las obras de su mano. De asuntos taurinos son sus cuadros *La salida de los picadores de la fonda*, *Antes de la corrida* y *¡Ca-ba-llos! ¡Ca-ba-llos!*. Estas dos últimas fueron presentadas en la Exposición Nacional del 78, y en la de París del mismo año.

Ferrant y Fischermáns (Alejandro).—Distinguido artista que ha concurrido á gran número de certámenes, exposiciones y concursos, siendo premiado en muchos de ellos. Son de su mano los cuadros *Un torero y A los novillos*.

Ferrant y Llausás (Luis).—Pintor que fué de S. M. la Reina el año 48, y autor de *Una suerte de toros*.

Francés (Plácido).—Pintor y catedrático muy conocido. En la exposición últimamente celebrada, presentó *¡Que viene el toro!*

García y Díaz (Domingo).—Autor del *Interior de un palco en la Plaza de Toros*.

(Se continuará.)

A. O. G.

LA LIDIA.

